



El doctor Pío Baroja (1872-1956)

The doctor Pío Baroja (1872-1956)

■ José Luis Puerta

Resumen

Utilizando como excusa la celebración del cincuenta aniversario del fallecimiento de Pío Baroja, que era médico, el autor del presente artículo expone y comenta muchas de las reflexiones del literato sobre su época de estudiante de medicina, sus primeros contactos con los hospitales y los enfermos, y la experiencia que tuvo como médico rural en Cestona (Guipúzcoa).

Palabras clave

Pío Baroja. Medicina del siglo XIX. Hospital General de Madrid. Estudio de la Medicina en el siglo XIX.

Abstract

Using the 50th anniversary commemoration of the death of the doctor Pío Baroja as an excuse, the author of this work comments and expounds on the thoughts and ideas of this literary man. The work focuses on the period when he was a medical student, his first contact with hospitals and the sick, and also reflects his experiences as a country doctor in Cestona (Guipúzcoa).

Key words

Pío Baroja. Medicine in the 19th Century. Madrid General Hospital. Study of medicine in the 19th century.

■ Los hechos y los datos históricos que se recogen en estas páginas se circunscriben mayormente al siglo XIX español. Sin duda, uno de los períodos más aciagos de nuestra historia. El declive iniciado con los últimos Austrias en el siglo XVII, en cierta medida corregido por los primeros Borbones del siglo XVIII, tendrá su apoteosis a lo largo del siglo XIX por causa de una serie interminable de desastres nacionales; a saber: el sombrío reinado de Carlos IV, la devastadora Guerra de la Independencia, la *década ominosa* que hubo que conllevar bajo el reinado de Fernando VII, las guerras carlistas y como último jalón la pérdida del sueño colonial en 1898.

Una de las consecuencias más deletéreas derivada de ese malhadado siglo XIX español fue el encerramiento en sí mismos de nuestros antepasados y la desaparición del país del campo

El autor es médico.

visual del resto de las naciones europeas, después de ¡tres siglos! de ininterrumpida omnipresencia en el Mundo. Todo lo foráneo dejó de tener interés para los españoles y nada de lo español atraía a los extranjeros. Así describe Baroja el ambiente a finales de ese siglo:

"La acción de la cultura europea en España era restringida y localizada en cuestiones técnicas. Los periódicos daban una idea incompleta de todo; la tendencia general era hacer creer que lo grande de España podía ser pequeño fuera de ella, y, al contrario, por una especie de mala fe internacional [...] Si en Francia o en Alemania no hablaban de las cosas de España o hablaban de ellas en broma era porque nos odiaban [...] No había curiosidad por lo de fuera. Todo lo español era lo mejor. Esa tendencia, natural a la ilusión del país que se aísla, contribuía al estancamiento, a la fosilización" (1).

Otra gravísima consecuencia, frecuentemente olvidada, fue el truncamiento del desarrollo universitario y del sistema de ciencia; cuyas consecuencias pueden fácilmente rastrearse hasta nuestros días, como se pone en evidencia cada vez que nuestra Universidad se compara con la de los países de nuestro entorno. "En mi tiempo —escribía Baroja—, el ambiente de inmoralidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras tanto o más que en otros centros políticos o docentes" (2). En 1920 en una conferencia dada en Bilbao hacía esta reflexión sobre la ciencia:

"Hoy lo rápido para un país es la Ciencia. Crear laboratorios, crear una Universidad libre, sin hacer mucho caso del Estado y de sus fábricas de doctores, sería de un gran avance. La Ciencia es lo más inmediato para un país que quiera ser algo en el mundo; es lo que da el prestigio más rápido" (3).

Y es que nada genera en el mundo de hoy un valor añadido como el que resulta del tándem formado por la universidad y la investigación.

* * *

Una mañana de otoño del año 1887 Pío Inocencio Baroja Nessi, entonces un chico con su bachiller concluido en el Instituto San Isidro de Madrid, entra en el edificio donde va a cursar el primer año de Medicina. Y a través de Andrés Hurtado, el protagonista de una de sus novelas, *El árbol de la ciencia*, describe así su iniciación:

"Serían las diez de la mañana de un día de octubre. En el patio de la Escuela de Arquitectura, grupos de estudiantes esperaban a que se abriera la clase. De la puerta de la calle de los Estudios, que daba a este patio, iban entrando muchos jóvenes que, al encontrarse reunidos, se saludaban reían y hablaban.

Por una de esas anomalías clásicas de España, aquellos estudiantes que esperaban en el patio de la Escuela de Arquitectura no eran arquitectos del provenir, sino futuros médicos y farmacéuticos.

La clase de Química general del año preparatorio de Medicina y Farmacia se daba en esta época en una antigua capilla del Instituto de San Isidro¹, convertida en clase, y ésta tenía su entrada por la Escuela de Arquitectura" (4).

Baroja encontró la enseñanza del bachillerato, al igual que la de la Medicina, muy deficiente. En aquellos estudios la cultura científica apenas si encontraba acomodo. Y escuchando a los profesores tenía la impresión de que el conocimiento se hacía "a base de trozos aprendidos de memoria" (5); no existía nadie, ni en el instituto ni en la facultad, capaz de inculcar a sus educandos un saber que partiera de una idea de conjunto y subrayase de forma clara los conceptos fundamentales: "En el doctorado estudiando Análisis químico, oí a un alumno, ya médico, decir que el cinc era un metal que contenía mucho hidrógeno [...] Este compañero [...] no había podido coger en su carrera el concepto de un cuerpo simple, como yo no había llegado a saber lo que era el pretérito" (6).

Dado que las sociedades tienen una tendencia natural a parecerse a sí mismas en todos sus aspectos y manifestaciones, ese desdén por el conocimiento estaba presente en cada rincón del país, que parecía empeñado —no estoy seguro de que este afán haya sido erradicado por completo— en crear todo tipo de incentivos para alejar a sus ciudadanos del verdadero saber. Yendo por este sendero se acostumbra a generaciones enteras a pensar en lo inmediato: en medrar, en comer, en vivir; y, si las cosas marchan mejor, como ocurre ahora, en divertirse, en consumir y en disfrutar de lo lindo. El resto sobra. Y, así, se termina con la nefasta manía de leer y aun de pensar, lo que posibilita que se instalen en la sociedad, sin resistencia ninguna, las rutinas más grotescas:

"[F]ui repetidas veces a la Biblioteca Nacional [...] En aquel centro de cultura no se nos dejaban libros literarios, por orden del director, Tamayo y Baus, y, al final, tampoco se nos permitía la lectura de revistas y periódicos, porque éstos tenían folletines. Eran cómicas tales prohibiciones ordenadas por un autor" (7).

¹ En este edificio, que todavía se conserva y da albergue a la Catedral-Colegiata de San Isidro Labrador y al Instituto de Bachillerato San Isidro, tuvo su sede el antiguo Colegio Imperial de la Compañía de Jesús. Su construcción en la calle Toledo, a la altura donde nace la calle de los Estudios, data de 1564. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767 la iglesia se transformó en colegiata, cambiando su advocación de San Francisco Javier por la de San Isidro, mientras que el colegio pasó a ser dirigido por docentes nombrados por el Rey. En 1848, a raíz de la reforma introducida en las enseñanzas artísticas en el reinado de Isabel II (1844), se creó como institución independiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la Escuela Especial de Arquitectura de Madrid. A tal fin, se habilitó para ésta una parte del antiguo Colegio Imperial hasta su ulterior traslado al edificio que, desde 1936, ocupa hoy en la Ciudad Universitaria de Madrid.

No puede sorprendernos, como el propio Baroja confiesa, que el bachillerato solo le sirviera para acomodar dos o tres ideas en la cabeza y, por tanto, se decidiese a estudiar una carrera "como quien toma una pócima amarga" (8). Cuando el bachiller casi no ha dejado impronta alguna y, en vez de despertar el deseo de saber más sobre lo aprendido, provoca rechazo por el conocimiento, lo esperable debe ser no sentir vocación por nada. Incluso resulta llamativo que a este futuro médico —dejando a un lado el empujón que le debió dar su padre que "tenía una idea muy optimista de las profesiones liberales" (9)— sólo le plantease dudas a última hora la posibilidad de estudiar Farmacia (el curso preparatorio era común para ambas), especialmente si se toman en consideración las ideas que le rondaban por la cabeza acerca de su porvenir:

"Tras largas reflexiones, pensé que no tenía vocación alguna y que era un joven perfectamente inútil para la vida corriente. Hay personas que se ilusionan a sí mismas y saben convertir sus defectos en cualidades [...] En realidad, tenía poco de joven inteligente. Era un hombre de sentidos perspicaces, de una vista admirable, de oído fino y de un olfato de perro" (10).

Sin embargo, y a pesar de sus tribulaciones, seis años después de su espera en el patio de la Escuela de Arquitectura, en 1893, Baroja obtendría en Valencia su licenciatura en Medicina y, al año siguiente, de regreso en Madrid, en junio de 1894, el grado académico de doctor, después de defender su tesis, titulada *El dolor*. Ese mismo año, se trasladaría a Cestona para ejercer como médico de pueblo.

Estos intensos años dejaron en un hombre dotado de "sentidos perspicaces" una profunda huella, que con frecuencia se hará patente en su vida y, sobre todo, en su prosa. De esta experiencia salió, en primer lugar, un pequeño relato (*Noche de médico*) recogido en el primer libro de cuentos que publicó: *Vidas sombrías* (1900). Luego, vendría la novela *El árbol de la ciencia* (1911), donde da vida a quien señala como su contrafigura, Andrés Hurtado; personaje literario al que adorna con los defectos que reconoce como propios, aunque le falta —de nuevo en palabras de Baroja— su instinto de "pigricia" y de "haraganería". Más tarde, vuelve con los recuerdos de esa etapa vital en *Juventud, egolatría* (1917), en el discurso de recepción en la Real Academia Española (*La formación psicológica de un escritor*) en 1935, al que, por cierto, le contestó Gregorio Marañón (11), y de una forma más detallada y ordenada en las memorias tituladas *Familia, infancia y juventud* (1944). A esto se suman otras referencias en diversos artículos y novelas; entre éstas destaco *César o nada* (1910) y *Allegro final* (1929).

Los estudios de Medicina

Lo que nuestro joven estudiante de Medicina se encontró en las aulas de su facultad fue lo contrario de lo que se espera y desea que ocurra en una institución tan capital para un país. "Los pro-

fesores de Medicina —escribía Baroja— tenían un criterio tan estúpido que no cabe más". Al punto que, por ejemplo, en la asignatura de Patología había futuros médicos que sólo estudiaban las infecciones; otros, las enfermedades nerviosas; otros, sólo las enfermedades del aparato digestivo. Esta manera de dar una asignatura no "se explica más que en un profesor español, que generalmente es la quinta esencia de vacuidad" (12). Si las cosas realmente eran de esta manera, cuesta creer que en otras facultades la situación fuera distinta; a este respecto, Baroja nos da alguna pista:

"Entonces la pedantería de los ingenieros hacía que ningún alumno de la Escuela Politécnica aprobara los cursos sin repetir año. Así se demostraba que la Escuela Politécnica era más severa que la de París, lo que no hacía, por eso, que en España hubiera grandes ingenieros" (13).

Tal como ve las cosas, sus profesores son verdaderas nulidades docentes y dejan mucho que desear en el terreno humano y moral. La censura a sus maestros está muy generalizada en su obra. No escatima en anécdotas para denunciar el maltrato y el desdén que gratuitamente dispensaban a sus pupilos e incluso a los enfermos cuando asiste a las prácticas en los hospitales. A lo que se añadía la falta de interés que demostraban por transmitirles los conocimientos necesarios para ser médicos. A algunos que llevaban más de 50 años explicando no los jubilaban por "sus influencias y por esa simpatía y respeto que ha habido siempre en España por lo inútil" (14). Como se verá a continuación, los retratos que les hace, en distintas partes de sus escritos, no pueden ser más descalificadores.

La obra del catalán José de Letamendi y Manjarres (1828-1897), al que con frecuencia le llama "Letamendi-Hipócrates", la encuentra llena de "ideas de portera" y "plagada de retórica y palabrería". Baroja se ufana de haber sido él quien comenzó a demoler —después de que Menéndez Pelayo y Galdós lo entronizaran como genio indiscutible— la figura de alguien que "tenía el tupé de decir que así como se cree que el río Guadiana desaparece en la tierra, la medicina de Hipócrates había desaparecido en la Historia para aparecer con él" (15). No hay en los textos barojianos un profesor de Medicina con el que haya gastado más tinta. Al punto que, cuando Ramón y Cajal le envía como presente un ejemplar de su obra *Recuerdos de mi vida* en 1933, Baroja, después de leer el libro, le remite una carta de agradecimiento en la que le recrimina que elogiase en su texto a un retórico como Letamendi, que nada había hecho por la ciencia y que además era su antítesis. Cajal le respondió, pero se cuidó de entrar al trazo tendido por Baroja (16). Aquel, en la segunda parte de su obra (*Historia de mi labor científica*), había dedicado un apartado (*Semblanza de algunos de mis amigos y colegas de facultad, hoy desaparecidos: Calleja, Olóriz, Hernando, Letamendi, San Martín, etcétera.*) del capítulo IX a algunos de sus discípulos de la Facultad de Medicina de Madrid, y en esas páginas podía leerse:

"Platicando [Letamendi] resultaba infatigable. Su palabra surgía espontánea, vistosa e irisada, cual surtidor en fontana [...] ¿Cómo interrumpir o desviar con un comenta-

rio vulgar o inoportuno aquella catarata de imágenes brillantes, de frases agudas, de pensamientos originalísimos?" (17).

Es probable que Cajal, buscando no enemistarse con nadie, fuera un poco cínico o socarrón en sus apreciaciones, al menos, en algunos de los panegíricos que redactó. Cuesta creer que cuando publica *Historia de mi labor científica* (1917) sintiese tal deslumbramiento por las ideas y reflexiones de alguien que había muerto hacía más de dos décadas (1897), y del que ya se sabía que nada había aportado ni al conocimiento ni a la práctica de la Medicina. Es oportuno recordar que a la desmitificación de Letamendi ayudaron sobremanera los escritos publicados en *El siglo médico* por el médico gerundense Ramón Turró i Darder (1854-1926) y las opiniones descalificadoras de Augusto Pi i Sunyer (1897-1965) (18).

Letamendi, entre otras cosas, tuvo la mala fortuna de formar tribunal con Benito Hernando en el examen de la asignatura de Patología general, y suspender a Baroja en junio y septiembre, lo que determinó que tuviese que mudarse a Valencia para obtener allí la licenciatura. Incluso habiendo trasladado ya su expediente a esa ciudad, trata de examinarse por libre de Patología general con tan mala suerte que el profesor que le examinó, un tal Slócker, discípulo de Letamendi, le suspendió (19). Son muchas las citas sobre Letamendi que se pueden extraer de la prosa barojiana; pero, entre ellas, he elegido ésta porque, a mi parecer, da bastante en qué pensar:

"Letamendi era una mixtificación, un 'bluff' y hasta un 'bluff' de poco éxito, una de esas farsas que gustan en los países meridionales, en donde se cree que *los gestos, las actitudes, las frases*, tienen su *valor*, no sólo en la *política*, sino también en la *ciencia*" (20). (La letra cursiva es mía.)

Benito Hernando Espinosa (1846-1916), que vivía en el mismo portal que Baroja en la calle Alcalá, tampoco logra ganarse el respeto de éste. Tal como lo cuenta el escritor, Hernando, quien era oriundo de Cañizar, un pueblo guadalajareño, se empeñaba en sus clases en explicar que en los territorios ricos en metales, como era el caso de Vascongadas, "la gente era más escrofulosa y más torpe que en otras tierras". Y, al terminar semejante explicación, buscaba la mirada de su vecino de la calle Atocha para provocarle. Como Baroja no se quería dar por enterado, un día en clase le espeta directamente esta pregunta: "¿Usted no ha notado que hay muchos vascos torpes y con la mandíbula colgante?". El estudiante le responde que no, pero el profesor insiste en la pregunta, mientras que las risas y el ambientillo de la clase suben de tono, por lo que el alumno se ve forzado a responder de otra manera: "No, señor; no he notado que los vascongados sean más brutos que los de Guadalajara". La situación se sale de madre y se intercambian los consabidos: "usted esto no me lo dice en la calle", "ahora mismo", etcétera. La refriega se da por concluida cuando el profesor le indica a su discípulo: "Vaya usted a otra Universidad" (21). De nuevo, al contrastar los atributos personales y profesiona-

les que atribuyen Cajal (22) y Baroja a Hernando, uno puede tener la impresión de que están hablando de dos personas distintas. En lo único que coinciden sus descripciones es en la afición de éste por rememorar las viejas y gloriosas efemérides de la España Imperial. Afición que debía ser cierta si nos atenemos al hecho de que su imagen sirvió para representar al Rey Boabdil (23) en el célebre cuadro *La rendición de Granada* (1882), encargado por el Senado de España a Francisco Pradilla.

Al profesor de Anatomía y luego decano de la Facultad de Medicina y político, Julián Calleja Sánchez (1836-1913), lo describe como "un cultivador del despotismo y del nepotismo" y como alguien que trataba con frialdad y desdén innecesarios a los alumnos. En la benigna descripción que hace Cajal de este colega, admite que "actuando en funciones de cacique universitario, pecó algo, conforme dieron en decir muchos censores" (24). Y con él se reproduce la misma situación que con Hernando y otros de sus educadores:

"Años más tarde, yo [Baroja] comenzaba a tener algún nombre como escritor, y entonces vi dos o tres veces a Calleja en la calle, me miró sonriente, y yo hice como que no lo conocía" (25).

Para este estudiante, como puede colegirse de lo visto, la mayoría de los profesores son "agrios" y de "mala intención", y no le duelen prendas en referirse a ellos como "toscos", "cazurros", "mangoneadores", "sádicos", "locos", "ignorantes", "charlatanes", "inmorales" e, incluso, los señala como "enanos" y "enfermos de la orina". Estas dos últimas perlas se las dedica al profesor de Química Manuel Sáenz Díez (26), prominente miembro del grupo de los "puntilleros", profesores cuya habilidad consistía en darle la puntilla al alumno con una pregunta difícil cuando el examen bordeaba el precipicio. Y su lista de docentes no se limita a la repasada aquí. Si no la exployo más es porque con lo expuesto creo haber transmitido el concepto que tiene Baroja de los educadores con los que tropezó a su paso por la Facultad de Medicina de Madrid. Con relación a los profesores que conoció en la Facultad de Medicina de Valencia, confiesa que no le resultaron "tan arbitrarios como los de Madrid" (27). Por otro lado, la diferencia de pareceres a la hora de enjuiciar personas o situaciones no debería producirnos mayor extrañeza, pues ya se sabe que cada cual habla del mercado según le ha ido o, por el motivo que sea, le interesa contar.

"Cuando el profesorado de una Facultad —escribía Baroja— es un poco de manicomio, no es difícil que los alumnos tomen aire de cretinos" (28). Y es que para el escritor, los pueblos tienen un "pragmatismo", algo así como el conjunto de fórmulas prácticas a través de las cuales los ciudadanos resuelven los asuntos a los que se enfrentan en su cotidianeidad. Este pragmatismo, que no es otra cosa que las fórmulas o recetas con las que podemos deambular en nuestro hábitat sin muchos tropiezos, es el resultado de la acción de la Historia, de la raza y del ambiente físico y moral de una nación o de una sociedad. Si esas transacciones y fórmulas sociales no constituyen un óbice para que la realidad o la verdad circulen con fluidez, y se

da por sentado que la verdadera libertad no puede existir sin el derecho a disentir, las sociedades se desarrollan y prosperan. Pero si las convenciones y prácticas al uso acaban siendo una rémora para el discernimiento y el conocimiento de la verdad, el efecto que se logra en un país es el contrario: el inmovilismo, la cerrazón en sí mismo y el espejismo de que todo lo que piensa y produce es lo mejor que hay en el mundo. Cuando las circunstancias son éstas, los hechos se desfiguran, el ambiente se enrarece, la normalidad se ve alterada y, finalmente, la vida de un pueblo se torna en una ficción que se sostiene a base de mitos, de considerar enemigos a los que no lo son y de tergiversar la Historia. Así veía Baroja a Madrid y a sus estudiantes, cuando estudiaba la carrera:

"En ese ambiente de ficciones, residuo del pragmatismo viejo y sin renovación, vivía el Madrid de hace años [...] El estudiante madrileño, sobre todo el venido de provincias, llegaba a la corte con un espíritu donjuanesco, con la idea de divertirse, de jugar, perseguir a las mujeres [...] Los jóvenes de las postrimerías del siglo XIX venían a la corte con el espíritu de un estudiante del siglo XVII, con la ilusión de imitar dentro de lo posible a don Juan Tenorio, y vivir como éste: 'Llevando a sangre y fuego amores y desafíos'" (29).

Este "pragmatismo viejo" al que se refiere Baroja había convertido España en una nación aliada, vapuleada por las guerras y en constante crisis institucional y política. Por lo que nuestro país se acabó convirtiendo en un imán para los románticos que pululaban por Europa, precisamente porque era distinto al resto de los países vecinos. Desde esta perspectiva, España se trueca en la última reserva de autenticidad, de pureza, para aquellos espíritus europeos agobiados por el racionalismo fraguado en la Ilustración y por el positivismo que se va imponiendo conforme avanza el siglo XIX. Para las almas que aún añoran el pasado, donde tanto valor se le daba a los sentimientos, a lo que no es racional, el atraso de nuestro país (acomodado todavía en el *Ancien Régime*) ya no es un estigma, como lo fue en parte del siglo de las Luces, al contrario, se convierte en una "virtud". A los que conciben el mundo de esta forma, lo español les resulta primitivo, exótico y, ¡cómo no!, apasionado. Cualquiera de nuestras características o costumbres (generalmente las que poco o nada contribuían a acompasar nuestros relojes con la nueva lógica de los tiempos) son una buena excusa para que estos románticos celebren nuestra "pureza", como le ocurre a este chovinista francés con los caballos españoles:

"Vi uno montado por una mujer que era rosa (el caballo, no la mujer) como una rosa de Bengala escarchada en plata, y de una belleza maravillosa. ¡Qué diferencia entre estos nobles animales que han conservado su hermosa forma primitiva y esas máquinas locomotoras de músculos y huesos, los caballos de carreras ingleses, que

no tienen ya de caballo más que cuatro patas y una espina dorsal para asiento del jockey!" (30). (La letra cursiva es mía.)

Y a este frío alemán que con tanto ardor anatomiza el apasionado uso de nuestro popular abanico:

"La española habla, hace melindres, saluda con su abanico; la protege contra todas las molestias; se tapa la cara con él para poder observar a placer o despertar la curiosidad [...] Por lo demás, entre los españoles es un arte innato manejar el abanico con gracia: se abre y se cierra con soltura ora a la derecha, ora a la izquierda [...] es difícil para un profano imaginarse qué *desahogos íntimos* se intercambian mediante este manejo tan inocente en apariencia, qué combates libran las señoras con su ayuda, qué habilidad poseen para expresar con el menor movimiento el amor, los *ardores de la pasión*, el odio, el dolor" (31). (La letra cursiva es mía.)

Pero después de esta necesaria digresión, con la que he pretendido retratar mejor la España de entonces y el tipo de "virtudes" que ensalzaban los observadores extranjeros de viaje por nuestras tierras, volvamos a los estudiantes y a su mundo. Para ello nada mejor que escuchar de nuevo al Baroja alumno para que nos diga qué fue lo que vio:

"En la clase se hablaba, se fumaba, se leían novelas [...] alguno llegó a presentarse con una corneta, y cuando el profesor se disponía a echar en un vaso de agua un trozo de potasio, dio dos toques de atención [...] Había estudiantes descarados que llegaban a las mayores insolencias: gritaban, rebuznaban, interrumpían al profesor [...] Su preparación para la ciencia no podía ser más desdichada" (32).

En su Discurso de recepción en la Real Academia Española vuelve a denunciar la mala preparación de los alumnos de Medicina, denuncia que podría constituir el corolario de las reflexiones y las citas que he venido recogiendo en este apartado:

"Los españoles podían estar hartos de estas genialidades teatrales e histriónicas y el Gobierno no permitir que el profesor, pagado por él para enseñar una ciencia o un idioma, se dedicara a contar cuentos o hacer chistes; pero los españoles admiran las fantasmoneadas y a los fantasmones, y los Gobiernos, sin duda, también [...] En general, la mayoría de los estudiantes concluíamos las asignaturas sabiendo muy poco. *Nadie se ocupaba en serio de nuestra preparación científica. Cada uno tiraba por donde le parecía*" (33). (La letra cursiva es mía.)

Los recuerdos que, en general, le evocan sus estudios de Medicina bien merecen el calificativo de desagradables y bochornosos. Los episodios que relata sobre las clases, las prácticas y

los profesores en muchos lugares de su extensa obra literaria, aquí solo se ha transcrito una pequeña muestra, llegan a producir sonrojo en el lector. Pero lo descrito aún puede embarrarse más si añadimos la merma que supone para la formación de un educando recurrir, como si de una convención más se tratase, a la consabida recomendación de un allegado de la familia —¡cuántos más se valdrían de este "rutinario método"!— para poder aprobar, en el caso de Baroja, la Química. Asignatura que le había quedado para septiembre y de la que poco o nada sabía. Refiere que su sorpresa fue mayúscula al comprobar que, pese a haber hecho un examen desastroso —las preguntas que le tocaron versaban justo sobre los temas que no se había preparado—, logró un aprobado (34).

Pero Baroja aún tuvo que sufrir una experiencia de la que no se libran algunos estudiantes de Medicina, y que es ajena a la calidad de los profesores y los compañeros que a cada estudiante le puede tocar en suerte. Se encontró con la lastimosa realidad de que un ser querido había contraído una enfermedad, y sus escasos conocimientos médicos solo le sirvieron para remacharle que ese padecimiento era mortal de necesidad y, por tanto, casi nada podía hacer la terapéutica disponible. Su hermano Darío, como tantos jóvenes en aquella época y a pesar de los cuidados de entonces, tocado por la peste blanca, murió con 23 años, en febrero de 1894. Durante ese curso académico, como ya he apuntado, Baroja se había trasladado de Valencia a Madrid para terminar su doctorado.

El hospital

Al finalizar el siglo XIX la situación de la mayor parte de los centros sanitarios de Madrid era calamitosa. Casi todos estaban situados en el interior de la ciudad, eran construcciones viejas y se hallaban rodeados de edificios por todos lados. Si hacemos caso a los datos recogidos en la obra de Philip Hauser *Madrid bajo el punto de vista médico-social* (35), el grupo de hospitales más antiguos estaba formado por: el Hospital Provincial u Hospital General² (adosado al Hospital Clínico del Colegio de San Carlos), el Hospital de la Princesa (situado en la confluencia de la calle de Areneros con la de San Bernardo), el Hospital de Nuestra Señora del Carmen (de la calle de Atocha), el Hospital de Jesús Nazareno (de la calle de Amiel) y el Hospital de San Luis de los Franceses (de la calle de Claudio Coello). Los dos primeros eran los únicos que admitían enfermos procedentes de las provincias. El General atendía sobre todo enfermos crónicos y el de la Princesa agudos (36). Y las instituciones más modernas o ubicadas en las afueras de la ciudad eran: el Hospital del Niño Jesús (avenida de Menéndez Pelayo), el Hospital de San Juan de Dios

² En julio de 1968 el Hospital Provincial de Madrid —que en la actualidad se llama "Hospital Universitario Gregorio Marañón"— se rebautizó como "Ciudad Sanitaria Francisco Franco", al inaugurarse su nueva sede en la calle del Dr. Esquerdo. Para un conocimiento más detallado sobre la historia de esta Institución, ¡que data de cuatro siglos!, véase el texto de G. Marañón reseñado en la nota bibliográfica 43.

(plaza de Antón Martín), el Hospital e Instituto quirúrgico del Dr. Rubio (en el barrio de Moncloa) y el Hospital Militar (en el barrio de Carabanchel). En lo referente a las condiciones en las que vivían los pacientes internados, el relato de Concepción Arenal (1820-1893), tomado de un artículo de 1870 sobre la situación de los ingresados en el Hospital General de Madrid, nos da una buena idea de cuáles eran aquéllas. Desgraciadamente, su testimonio —como tantos otros de los hospitales de la época de fuera y de dentro de España— no puede ser más sobrecogedor:

"[T]odo está sucio; es raro ver un colchón que no esté manchado, una pelleja que no apeste, un suelo que no dé asco. Hasta la ropa limpia está sucia; y esto sucede en todas las salas [...] tiran el pan sobre las camas (muchas sin colcha), donde a veces cae sobre el esputo, la sangre de la sangría o el pus de la llaga [...] Otra consecuencia de la falta de aseo son los insectos, mal terrible. Las ropas de vestir de los enfermos, cuando van limpias, suelen contaminarse en el ropero con las que están plagadas. Así vuelven muchas veces a los convalecientes, y son una de las causas de la propagación de esos animales tan repugnantes para los sanos, y que tanto mortifican al pobre enfermo" (37).

Ésta era la vida sombría y cruel de los pacientes internados en las crujiás. La medicina *del hospital* se había convertido entonces en esta realidad; podría decirse que, en general, en Europa, el médico que ejercía en un centro hospitalario no le dispensaba ni al paciente ni a su cadáver todo el respeto que se merecen. Su verdadero interés, en muchos casos, estaba puesto en el cuerpo postrado sobre la mesa de autopsias para verificar anatomopatológicamente el diagnóstico clínico o, sencillamente, para disecarlo. Nada más comenzar su carrera, Baroja reparó en esta llamativa falta de sentimiento en el trato con los enfermos o con sus restos:

"Una cosa que me molestaba era el procedimiento para sacar a los muertos del carro en donde los traían del depósito del hospital [...] Al dar en la piedra hacían un ruido desagradable [...] Luego, los mozos iban cogiendo los muertos uno a uno, por los pies, y arrastrándolos por el suelo [...] las cabezas iban dando lúgubrementemente en los escalones de piedra [...] aquello parecía el final de una batalla prehistórica o de un combate de circo romano, en que los vencidos fueran arrastrados por los vencedores" (38).

Pero esta realidad, como cualquier otra, ofrece ejemplos palmarios y otros que son sutiles. Cada cual elige para contar su verdad el que mejor le parece o, sencillamente, conoce. Así, la nota necrológica de Charcot (el neurólogo más afamado de todos los tiempos) preparada justo el año que Baroja estaba acabando su carrera (1893), por su pupilo Freud, y donde los elogios están magistralmente administrados, recoge un pequeño suceso que puede servir de ejemplo para explicarnos aún más claramente, si cabe, la consideración que habitualmente merecían los enfermos a los afamados buscadores de lesiones:

"Con frecuencia se precisaban largos años de paciente espera hasta descubrir en estas afecciones crónicas la modificación orgánica [...] El azar llevó a su casa [a la de Charcot], en sus tiempos de estudiante, a una criada que padecía de singular temblor, y cuya consiguiente falta de seguridad en el manejo de los utensilios domésticos le dificultaba encontrar colocación. Charcot reconoció en su estado la *paralysie choreiforme*, descrita ya por Duchenne, pero de la que no se sabía el origen, y conservó a su servicio a la interesante criada, no obstante representar una pequeña fortuna los platos, tazas y copas que rompía, hasta que la muerte le permitió comprobar que la *paralysie choreiforme* era la expresión clínica de la esclerosis cerebro-espinal múltiple" (39).

Siendo así las cosas, no resulta extraño que el contacto de Baroja con los centros hospitalarios sea también una experiencia sórdida y decepcionante, capaz de sacudir a cualquier espíritu medianamente sensible. Es en el Hospital General donde, por primera vez, nuestro estudiante mira de cara a la enfermedad, una vivencia sobre la que vuelve varias veces a lo largo de su obra. Y ésta es la opinión que le merece en boca de su contrafigura, Andrés Hurtado, dicha institución:

"La inmoralidad dominaba dentro del vetusto edificio. Desde los administradores de la Diputación Provincial hasta una sociedad de internos que vendía la quina del hospital en las boticas de la calle de Atocha, había seguramente todas las formas de filtración. En las guardias, los internos y los señores capellanes se dedicaban a jugar al monte, y en el arsenal funcionaba casi constantemente una timba en la que la postura menor era una perra gorda" (40).

A la falta de moralidad y de condiciones higiénicas que reinaba en el hospital se le sumaba, como ya se ha apuntado, un ambiente lúgubre y una pésima atención a los enfermos. Así nos retrata en otro lugar Baroja ese establecimiento:

"[H]asta que llegaron al Hospital General, silencioso, tétrico, alumbrado con mecheros de gas, y comenzaron a subir las escaleras, llenas de sombras, al mismo tiempo que los mozos llevaban el rancho como los soldados, en grandes marmitas colgadas de un palo, que echaban un olor repugnante" (41).

Baroja no está cargando las tintas. *A fortiori*, en un artículo de Gregorio Marañón sobre la historia de este centro hospitalario, aparecido en el diario madrileño *El Liberal* allá por el año 1920, podía leerse lo siguiente: "Yo creo que el pueblo de Madrid no es caritativo, como se dice; porque consiente tanta miseria albergada en su seno. Pero el arreglo de este problema, no es de caridad, sino de justicia. No los ricos, sino el Estado debiera organizar la defensa del

hombre enfermo o mísero" (42). Y en otro escrito suyo, publicado en 1936 en la *Gaceta Médica Española*, señala que, en el momento de redactar el texto, ve como primer problema de esa institución el hecho de que "el Hospital está enormemente sucio", hasta el punto de que hay días que le da vergüenza, por la suciedad, subir por la escalera o deambular por los pasillos. Como segundo defecto apuntaba "que carece de estadística" y, como tercero, que "no rinde científicamente lo que debe rendir" (43).

Cuando Baroja estudia cuarto de Medicina, antes de presentarse a los exámenes de alumno interno del Hospital, cree que es conveniente un poco de práctica con los enfermos y toma la decisión junto con dos compañeros, aprovechando que uno de ellos conocía un sifilógrafo del centro, de pasar visita en el Hospital de San Juan de Dios. Éste había sido fundado el 1552 por el hermano Antón Martín (1500-1552) con el nombre de Hospital de Nuestra Señora del Amor de Dios, aunque vulgarmente se ha conocido también como Hospital de Antón Martín o de sifilíticos, originalmente situado en los extramuros de la Villa, por estar dedicado al tratamiento del mal venéreo, lo que aconsejaba esa ubicación. Y así vio nuestro estudiante dicho hospital:

"[E]ra un edificio inmundo, sucio, maloliente; las ventanas de las salas daban a la calle de Atocha, y tenían, además de las rejas, unas alambreras, para que las mujeres recluidas no se asomaran y escandalizaran. De este modo no entraba allí ni el sol, ni el aire [...] El médico de la sala [...] tenía un fondo sádico. Mandaba llevar a las mujeres a las buhardillas y tenerlas uno o dos días encerradas por delitos imaginarios. El hablar de una cama a otra durante la visita, el quejarse en la cura, cualquier cosa bastaba para esos severos castigos. Otras veces mandaba ponerlas a pan y agua" (44).

Nuevamente, puede pensarse que Baroja está exagerando la nota, pero lo cierto es que, rastreando la prensa de entonces, se comprueba que en 1885 hubo un motín de internas de ese hospital, del que dio cuenta el periódico *El Imparcial*. La situación la provocó un castigo de seis días a pan y agua, impuesto porque habían sorprendido a unas enfermas hablando con personas de la calle del Tinte a través de la reja (45). Un año más tarde volvieron a amotinarse las pacientes de San Juan de Dios y, en esta ocasión, levantaron en el interior barricadas con los colchones, las camas y otro mobiliario. Las sublevadas eran 84 mujeres que pedían la libertad de dos compañeras confinadas en el calabozo y, además, exigían no ser visitadas por el médico de sala que había impuesto tan abusivo correctivo (46). Y es que ésta es una más de las ironías que tiene la Historia. Una institución que había sido erigida por un hombre movido por el más prístino principio cristiano de amor al prójimo —se cuenta que Antón Martín llegó al extremo de perdonar al asesino de su hermano para, luego, ceñir juntos los mismos hábitos cautivados por el obrar de San Juan de Dios—, con el pasar del tiempo, terminó por convertirse en un lugar de humillación y ensañamiento con mujeres desvalidas.

Baroja, un médico escéptico

La Revolución francesa supuso un importante acicate para el desarrollo de la Medicina y, también, para su consideración como una Ciencia. Esto último era algo a lo que hasta entonces no había podido aspirar. En congruencia con esta nueva situación y conforme avanza el siglo XIX, la profesión médica va ganando una creciente importancia en el seno de la sociedad, y ya no se toma como un oficio, en el mejor de los casos, distinguido. El médico deja de ser casi un paria y su quehacer empieza a percibirse como algo útil para el conjunto de la sociedad. Este cambio de actitud también se refleja en la literatura. Las agrias quejas como, por ejemplo, recoge el refranero ("El médico es el único que entierra sus errores"), o pone Cervantes en labios del licenciado Tomás Rodaja ("Sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desvenainar otra espada que la de un *récipe*"), o evidencia el afilado epigrama del cacereño Francisco Gregorio de Salas (1729-1808) dedicado a un médico que acaba de morir ("La prueba de que la muerte/no perdona hombre nacido,/es ver que no ha perdonado/hoy a su mejor amigo"), pasan a formar parte de la Historia.

A lo largo del siglo XIX, los literatos van sintiendo un respeto creciente por la figura del médico, que se manifiesta de manera muy evidente cuando se trata de médicos que han dejado la ciudad para hacerse cargo de los campesinos. El médico rural, el que trabaja sin los medios de los hospitales ni las comodidades de la urbe, pero es humano y se siente comprometido con la gente y sus problemas, se convierte en una especie de santo laico. De esta manera lo retrató Concha Espina (¿1877?-1955) en *La niña de Luzmela* (1909):

"Salvador seguía visitando a sus enfermos con la misma atención que cuando de su carrera hacía estímulo de prosperidad y base de la existencia, solo que ahora había renunciado a la subvención del municipio para que otro médico la disfrutase.

Enamorado de su profesión, hizo de ella un culto piadoso que practicaba en favor de los pobres. De la herencia que libremente podía disfrutar solo tomaba lo preciso para sostener el decoro de la casa y hacer algún viaje a las grandes clínicas extranjeras, en demanda de luces y medios con que extender en el valle la misericordia de su misión. Así las gentes le adoraban y lo bendecían, y él paseaba por los campos su conciencia pura, con la santa simplicidad de un apóstol del Bien, convencido y ferviente" (47).

El doctor Baroja ejerce algo más de un año en Cestona, aunque con muchas dudas acerca de sus habilidades como clínico, pues había estudiado la carrera de una "forma mecánica" y sin haber adquirido la suficiente formación práctica. Uno de los pocos maestros por los que sintió estima profesional y humana, Elizagaray, ya había reparado en esto y un día le dijo: "Usted piensa en todo, menos en medicina" (48). De esta manera pertrechado y con la idea de lograr unos ingresos, como cualquier hijo de la clase media no adinerada de entonces, se presentó a finales de julio de 1894 (el día de San Ignacio de Loyola) en ese pueblo guipuzcoano

situado en el margen derecho del río Urola, donde arregló como pudo un sueldo de ciento y tantas pesetas al mes. En el balneario de esa localidad había dado comienzo en 1893 —justo un año antes de que nuestro médico apareciera por allí con 21 años cumplidos— la construcción de un espléndido edificio (en la actualidad sigue en uso), alguno de cuyos obreros tuvo que atender como médico.

Para Baroja los días en Cestona están teñidos de cierta monotonía. Asiste a recoletas tertulias; escribe cuentos; pasea con los curas al atardecer; tontea con chicas, que, a pesar de su juventud, le llaman, medio en serio, medio en broma, *multizarra* (solterón en vasco); en los días fríos de invierno busca el calor del lar; los domingos se hace asiduo de la plaza para oír el tamboril y el chistu, y trabaja en el huerto, lo que algunos interpretan como una ostentación de sus ideas antirreligiosas; el paisaje no le disgusta, al contrario, halla algunos rincones de gran hermosura; y, en ocasiones, como recoge en su novela *César o nada* (49), se siente agobiado por ser el único liberal de un pueblo donde solo se encuentran carlistas e integristas. Sin embargo, disfruta mucho escuchando la música popular en las fiestas nocturnas de los caseríos y poniendo buen oído a lo que dicen las letras de las viejas canciones éuscaras. En suma, en esas tierras —como él mismo confesaría— empezaría a sentirse vasco y a recoger "este hilo de la raza que ya para mí estaba perdido" (50). Y, también, a darse cuenta de la responsabilidad que supone la práctica rural, y de lo dura y peligrosa que resulta:

"El oficio de médico de aldea era entonces, y seguirá siendo ahora, difícil, mal pagado y de gran responsabilidad. A mi me parece penoso y duro, aunque, ciertamente, tenía algunas compensaciones [...] Como tenía que ir a los caseríos y no disponía de dinero para comprar un caballo, acepté el préstamo de un viejo rocín que me dejó un cochero de San Sebastián. Me caí dos o tres veces, y, en una de ellas [...] al borde de un precipicio [...] De noche solía ocurrir que en el instante de irme a la cama, o estando ya acostado sonaba el aldabón de la casa [...] No había más remedio que levantarse, ensillar el caballo y salir. Montado en el jamelgo, recorriendo las distancias, a veces lejanas, para ir a los caseríos, me veía obligado a soportar las inclemencias del tiempo, las noches heladas y las lluvias pertinaces" (51).

El cumplir con sus deberes de médico rural, le exige un esfuerzo físico que es superior al de su constitución y su salud se resiente; años más tarde escribiría: "no tenía bastante energía física para andar constantemente por los caminos, de noche y de día [...] Estuve muchas veces reumático" (52). Pero no todo son penalidades, la práctica de la medicina tiene también sus compensaciones para un espíritu tan inquisitivo como el suyo. Para un individuo que confiesa que su preocupación es "tanto o más las ideas y los sentimientos de los enfermos que los síntomas de las enfermedades" (53), la práctica de la Medicina constituye —a pesar de esa peculiaridad— una oportunidad única. Por eso sus experiencia de estudiante y, luego, de médico estarán siempre presentes de una forma tan vivida en su obra. Gracias a la clínica, entra en

contacto con las intimidades personales y familiares que solo se desvelan en la consulta. Puede conocer el egoísmo y las aristas más oscuras del ser humano. Ponderar, en situaciones como esas, la importancia de la discreción y de saber callar. Y advertir —en tan corto lapso como el que dedica a la clínica— que ser médico es algo más complejo que la rigurosa adquisición de unos conocimientos teóricos y prácticos. La falta de tacto humano o de habilidad para percibir las circunstancias *personales* y *familiares* que rodean al padecimiento físico puede incomodar al paciente:

"A veces molestaba uno a los pacientes sin quererlo y sin pensarlo. Muchas viejas enfermas, aunque no se hallaban graves, le decían a uno que querían confesarse y comulgar. Si entonces se les decía que no se encontraban en estado tan grave, resultaba que se incomodaban. Al parecer, diciendo que se encontraban mal eran más atendidas y cuidadas" (54).

Pronto descubre que sus temores estaban fundados: ignora casi todo sobre la práctica clínica, que se le antoja algo lleno de misterios por su escasa preparación: "Una supuesta pleuresía aparecía como una lesión hepática; una tifoidea se me transformaba en una gripe real, y al contrario" (55). Y opta por el "escepticismo" (palabra que repite con frecuencia cuando se refiere en su obra a su ocupación como médico de pueblo) como filosofía médica cuando ha de encarar un diagnóstico; al mismo tiempo que abraza la "terapéutica expectante": "Era demasiado escéptico en cuestiones de Medicina para hacer imprudencias [...] casi siempre empleaba los medicamentos a pequeñas dosis; muchas veces no producían efecto, pero, al menos, no corría el peligro de una torpeza" (56).

En fin, se podrían contar aún muchas cosas más a propósito de las vivencias de Pío Baroja en su etapa de estudiante de Medicina en Madrid y Valencia, y de médico en el pueblo guipuzcoano de Cestona, donde un día decidió clausurar su etapa de médico y, después de pasar una breve temporada en San Sebastián, sin conseguir que le asignaran otra plaza, regresó a Madrid a hacerse cargo de un negocio familiar. Aparte de lo que ya he inventariado en este apretado texto y sin querer ser exhaustivo, aún quedan en el tintero las noches atendiendo partos en caseríos perdidos; las zancadillas y envidias del médico más veterano que ejerce en el mismo pueblo que él; el contacto con una curandera que deambula por los caminos del pueblo; sus impresiones sobre el doctor Alejandro San Martín (1847-1908) al que admiró toda una generación de médicos —incluido el propio Baroja— por sus excepcionales cualidades técnicas y humanas; las andanzas del extraño hermano Juan por el Hospital General, que también se ganó la atención de Marañón; sus reflexiones sobre la ciencia y los científicos, o su vocación frustrada de fisiólogo. (A quien Baroja admira de verdad es a los buenos científicos.) Pero si estas carencias de mi escrito sirven para que el amable lector, espoleado por la curiosidad, vuelva a reencontrarse con los textos de Baroja o los abra por primera vez, me daré por satisfecho: ¡seguro que no perderá el tiempo!

Bibliografía

1. Baroja P. Familia, infancia y juventud. Obras completas, tomo VII. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva (1946-1952); p. 574. A partir de ahora todas las obras de Baroja se citarán mencionando solo el número del volumen (en total son ocho) y, seguidamente, la página.
2. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 578.
3. Baroja P. Divagaciones sobre la cultura. O. C., tomo V; p. 523.
4. Baroja P. El árbol de la ciencia. O. C., tomo II; p. 447.
5. Baroja P. La formación psicológica de un escritor. O. C., tomo V; p. 874.
6. Baroja P. Juventud, egolatría. O. C., tomo V; p. 196.
7. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 568.
8. Baroja P. Juventud, egolatría. O. C., tomo V; p. 197.
9. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 571.
10. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 565.
11. Marañón G. Contestación al discurso de recepción, en la Real Academia Española, de don Pío Baroja. Obras completas. Madrid: Espasa-Calpe, SA, 1971; p. 319-329.
12. Baroja P. Juventud, egolatría. O. C., tomo V; p. 197.
13. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 600-601.
14. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 578.
15. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 587.
16. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 592-593.
17. Ramón y Cajal S. Historia de mi labor científica. Barcelona: Círculo de Lectores SA, 1997; p. 190.
18. Bujosa F. Letamendi. En: López Piñero JM, Glick TF, Navarro Brotóns V, Portela Marco E. Diccionario histórico de la ciencia moderna en España, tomo I. Barcelona: Ediciones Península, 1983; p. 525-526.
19. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 604.
20. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 592.
21. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 589.
22. Ramón y Cajal S. Historia de mi labor científica. Barcelona: Círculo de Lectores, SA, 1997; p. 188-189.
23. Campos Muñoz A. Historia y vida de la Facultad de Medicina (disponible en: <http://www.ugr.es/~facmed/informacion/historia.htm>).
24. Ramón y Cajal S. Op. cit.; p. 187.
25. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 591.
26. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 590.
27. Baroja P. La formación psicológica de un escritor. O. C., tomo V; p. 879.
28. Baroja P. La formación psicológica de un escritor. O. C., tomo V; p. 879.
29. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 574.
30. Gautier T. Voyage en Espagne. 1843. En: Santos JA. Madrid en la prosa del viaje III, siglo XIX. Madrid: Comunidad de Madrid (ed.), 1994; p. 196-197.
31. Simons T. Spanien. Berlin: ¿1881? En: Santos JA. Op. cit.; p. 324.
32. Baroja P. El árbol de la ciencia. O. C., tomo II; p. 450-451.
33. Baroja P. La formación psicológica de un escritor. O. C., tomo V; p. 879-880.
34. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 580.
35. Hauser P. Madrid bajo el punto de vista médico-social, tomo I. Madrid: Editora Nacional, 1979; p. 425-426. La obra se editó originalmente en 1902.
36. Hauser P. Op. cit., tomo I; p. 434.

37. Arenal C. Artículos. El Hospital General de Madrid (15-IV-1870). Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=1851>
38. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 581.
39. Freud S. Charcot (1893). En: Freud S. Obras completas, tomo 1. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva. 1981; p. 31-32.
40. Baroja P. El árbol de la ciencia. O. C., tomo II; p. 472.
41. Baroja P. Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. O. C., tomo II; p. 113.
42. Marañón G. El problema de los hospitales. El Liberal, 5-XI-1920. En: Marañón G. Obras Completas, tomo IV. Madrid: Espasa Calpe, SA, 1973; p. 40.
43. Marañón G. El pasado, el presente y el porvenir del Hospital General de Madrid. Gaceta Médica Española, 26-IV-1936, 2-V-1936 y 9-V-1936. En: Marañón G. Op. cit., tomo IV; p. 301.
44. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 596-597.
45. El Imparcial, 31-III-1885. En: del Moral C. El Madrid de Baroja. Madrid: Sílex, 2001; p. 136.
46. El Imparcial, 29-I-1886. En: del Moral C. Op. cit.; p. 136.
47. Espina C. La niña de Luzmela. Disponible en: Project Gutenberg (www.gutenberg.net).
48. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 607.
49. Baroja P. César o nada. O. C., tomo II; p. 575.
50. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 616.
51. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 624-625.
52. Baroja P. Divagaciones apasionadas. O. C., tomo V; p. 495.
53. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 607.
54. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 629.
55. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 626.
56. Baroja P. Familia, infancia y juventud. O. C., tomo VII; p. 628.